



Recordando al apartheid en *El asedio de Silvertown* (Mandla Dube, Sudáfrica, 2022)

Por Igor Barrenetxea Marañón
Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

En la actualidad, el sistema del apartheid de Sudáfrica parece que fue en otra época, algo muy lejano en el tiempo. Comenzó, oficialmente, en 1948, aunque la discriminación de la población negra por los afrikáners (los blancos) era ya anterior y permaneció casi invariable hasta 1992. Este régimen, que sufrió la condena y aislamiento internacionales, no solo creó dos espacios separados según el color de la piel, sino que también fue un régimen abusivo, represivo y brutal,

ya que partía de la falsa creencia de la superioridad de la raza blanca. Se recortaban y suprimían los derechos y libertades de la población mayoritaria, sometiéndola a una legislación racial injusta y opresiva. Desde luego, no han sido pocas las realizaciones que se han dedicado al tema, desde *Grita libertad* (1987, Richard Attenborough), pasando por *Mapantsula* (1988, Oliver Schmitz), *Drum* (2004, Zola Masako), *Atrapa el fuego* (2006, Phillip Noyce), *Adiós Bafana* (2007, Bille August) hasta *Invictus* (2009, Clint Eastwood), y muchas otras.

Sería en 1912 cuando se darían los primeros pasos para acabar con tamaña injusticia, con la creación del Congreso Nacional Africano (ANC), quien se encargaría de luchar de una forma no violenta a lo largo de las siguientes décadas (mediante desobediencia pública y protestas) contra tal terrible situación.

A finales de la década de los 50, surgiría de entre sus filas el Partido del Congreso Africano (ACP), que quiso dar un paso más organizando protestas a



DOI: <https://doi.org/10.1344/fh.2022.32.2.451-454>

FILMHISTORIA Online y todo su contenido escrito está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Compartir bajo la misma licencia 4.0.

nivel nacional. Pero la marcha en Shaperville (21 de marzo de 1960), contra el apartheid, acabó en un baño de sangre. La policía abrió fuego y mató a sesenta manifestantes desarmados, y tanto el ANC como el ACP fueron ilegalizados. Como respuesta, comenzaron a perpetrar toda una serie de sabotajes contra instalaciones públicas. La reacción de las autoridades sudafricanas siguió en la misma línea represiva.

En 1964, Mandela y otros líderes fueron juzgados y condenados a cadena perpetua. Y Mandela, a la

acabar con toda protesta sin respetar los derechos humanos básicos.

La película en cuestión se ambienta en 1980, y se inspira en hechos reales. Cuatro miembros del grupo *Umkhonto weSizwe* se preparan para acometer una serie de ataques a instalaciones sensibles en Pretoria, en una estrategia para debilitar al Gobierno. Sus intenciones son evitar, a toda cosa, bajas civiles. Sin embargo, la suerte no les acompaña, y les están esperando en su primer objetivo. Así que se ven forzados a huir precipitadamente, perseguidos por la



postre, se convertiría en un símbolo de la lucha por la libertad de la población negra. Durante las dos décadas siguientes, el contexto no varió, con la policía de Pretoria empeñada en

policía. Uno de los integrantes fallece, pero los otros tres, Calvin Khumalo (Thabo Rametsi), Mbali Terra (Noxolo Dlamini) y Aldo Erasmus (Stefan Erasmus), logran ponerse a salvo en el interior de un banco.



Su situación se volverá desesperada, saben que alguien les ha traicionado, porque la policía conocía sus intenciones. Entienden que solo saldrán del banco muertos o esposados. Aunque *El asedio de Silverton* está bien conducida y cuenta con un elenco de actores destacable, va de menos a más, faltándole esa entidad que haga que la historia prenda con más fuerza desde el principio. Las primeras escenas se ven como el típico thriller de toma de rehenes, aunque, esta vez, bajo los auspicios del tema del apartheid, en el que los activistas deben tomar duras decisiones, con la mirada comprensiva del capitán Johan Lagerman (Arnold Vosloo), que busca que nadie salga herido, mientras es presionado por los

mandos superiores para acabar con los que ellos consideran meros *terroristas*.

A pesar de todo, consiguen que se les dé un helicóptero, pero es una trampa, mostrando que las autoridades no pretenden, de ningún modo, permitir su huida. Los quieren muertos. Pero a medida que se prolonga su encierro, entablan ciertas relaciones con los hombres y mujeres que han quedado atrapados como rehenes, clientes y trabajadores del banco.

Así, hay un subdirector racista, un afable sacerdote, una directora de la sucursal, Christine (Elani Dekker), que se muestra conciliadora, una joven altiva clienta, Rachel (Michelle Mosalakae), y hasta un promotor estadounidense negro que, casualmente, había ido al lugar a hacer

un ingreso. Pero el problema del filme no es su estilo, sino que no trasciende a los propios hechos. Y eso que Calvin, en un momento dado, se da cuenta de que cuando no tienen posibilidades de éxito solo les queda convertirse en un símbolo. Y, por eso, para consternación del capitán, le exigirá la liberación de



Nelson Mandela a cambio de los rehenes. El policía sabe que no es posible, pero buscará la manera de evitar una irrupción armada dentro del banco que provoque innumerables muertos. De esta forma, se observa que no todos los afrikáners son unos intransigentes, que una nueva generación de blancos, como Christine y el capitán, tienen un concepto de la población negra distinto a los que sí se destapan como fríos racistas.

El problema del filme es que Dube prima más la acción que la psicología de los personajes, salvo en algunos momentos (que es donde gana más enteros la trama). Por consiguiente, no se acaban de explotar bien sus ingredientes, a pesar de que este suceso será el primer hito de una

campaña a nivel mundial para exigir la liberación de Mandela. Es, precisamente, cuando la cámara se detiene en desvelar el carácter de los hombres y mujeres que componen el grupo, sobre todo Calvin, o algunos de los rehenes, o ya el modo en el que el capitán debe luchar contra su oficial superior, donde gana más profundidad, pero no dejan de ser pequeñas gotitas dispuestas aquí y allá, y que nos sumergen, ya, bastante tardíamente, como espectadores dentro de la historia.

El asedio de Silverton es una realización sólida, bien llevada pero que se queda a medio gas, cuando podría haber sido más contundente en su mensaje reivindicativo contra la injusticia, la brutalidad y el apartheid.

Título original: Silverton Siege.
Productora: Pambili Media. Distribuidora: Netflix. 2022, Sudáfrica. Dirección: Mandla Dube. Guion: Sabelo Mgidi. Música: Rashid Lanie. Fotografía: Shaun Harley Lee. Intérpretes: Arnold Vosloo, Tumisho Masha, Thabo Rametsi, Noxolo Dlamini, Stefan Erasmus, Elani Dekker, Michelle Mosalakae, Sarah kozlowski, Mariska Denysschen y Clayton Boyd. Duración: 100 min.